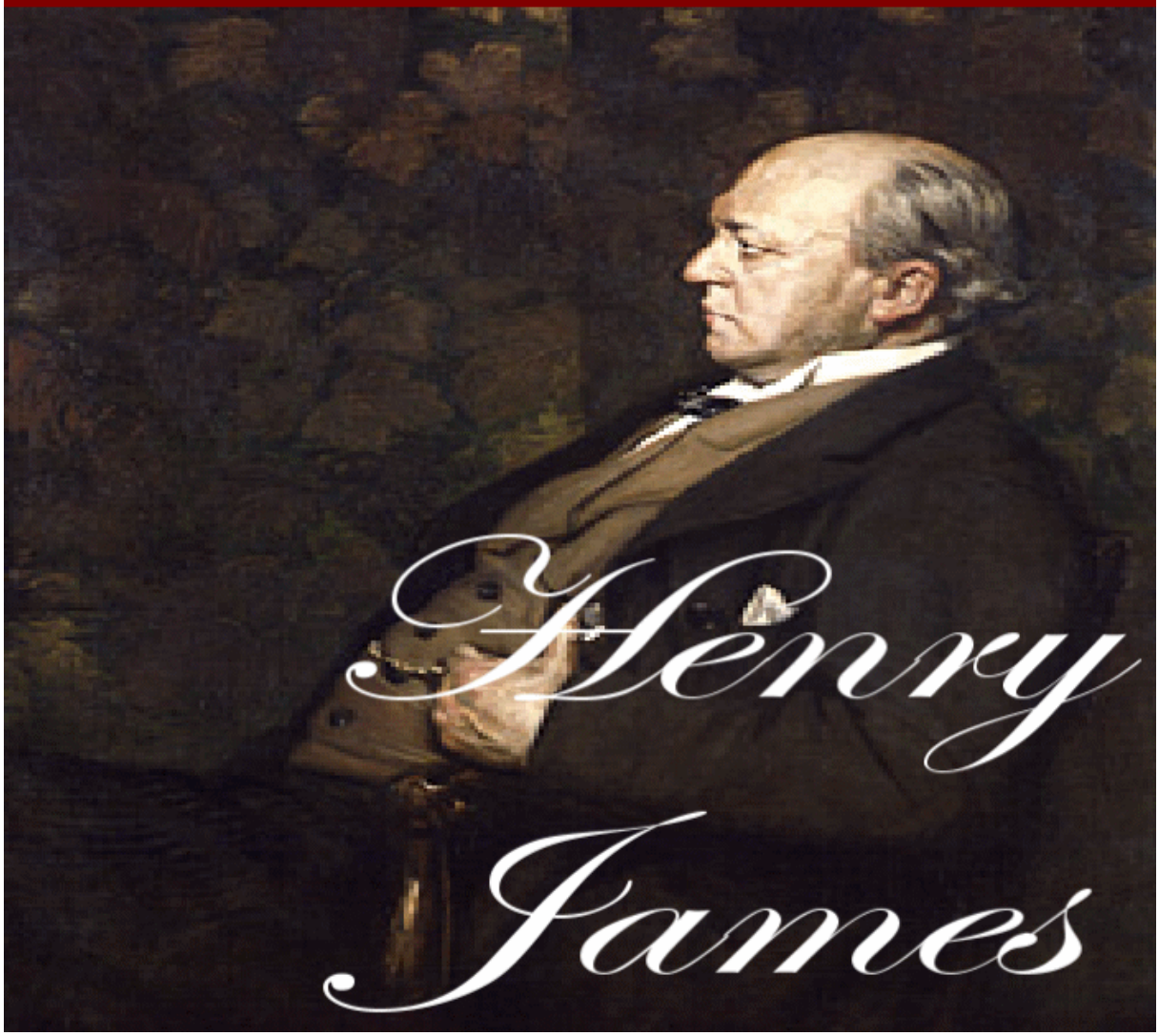
EL ÚLTIMO DE LOS VALERIOS
HENRY JAMES

El último de los Valerios



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Más de una vez yo había tenido ocasión de afirmar que si mi ahijada deseare casarse con un extranjero me negaría a darle mi beneplácito. Empero cuando, en Roma, me fue presentado en calidad de su reconocido novio el joven conde Valerio, me hallé contemplando al afortunado sujeto, luego de una momentánea mirada de pasmada consternación, con cierta benevolencia paternal... pensando, en verdad, que desde el punto de vista de lo pintoresco (ella con su pelo rubio y él con el suyo nigérrimo) formaban una pareja impresionantemente bien conjuntada. Ella lo trajo ante mí entre orgullosa y tímida, empujándolo por detrás y rogándome con una de sus miradas de paloma que fuera muy cortés. No es que yo sea propenso a la descortesía; pero ella estaba tan profundamente impresionada por su grandeza que le parecía imposible hacerle el suficiente honor. Tal vez la grandeza del conde Valerio no era algo necesariamente entusiasmante para una muchacha norteamericana que tenía el aspecto y casi las costumbres de una princesa; pero estaba apasionadamente enamorada de él y tenía hechizados tanto el corazón como la imaginación. El era extraordinariamente apuesto, y con una índole de belleza más significadora de lo que es común en la hermosa raza romana. Poseía una especie de ensimismada profundidad de expresión y una parsimoniosa sonrisa grave que sugería, no una gran viveza de ingenio, sino una serena intensidad de sentimiento que resultaba muy prometedora para la felicidad de Martha. Tenía poco de la jocosa campechanía ligera de sus compatriotas y mucho de una especie de torpe sinceridad en la mirada, que parecía demorar toda reacción hasta haberse cerciorado de que lo entendía a uno. Quizá era un poco lerdo, y se me antojaba que ante una pregunta política o estética su respuesta habría de ser especialmente tarda. "Es bueno y fuerte y valiente", me aseveró sin embargo la muchacha; y yo la creí sin dificultad. Desde luego que era fuerte el conde Valerio: poseía una cabeza y un cuello como alguno de los bustos del Vaticano. Mis ojos, tanto tiempo entrenados en mirar las cosas con fines pictóricos, quedaron realmente maravillados de ver semejante cuello emergiendo de la blanca corbata típica en aquella época. Sostenía una cabeza tan macizamente rotunda como la del conocido busto del emperador Caracalla y cubierta por la misma escultural cascada de rizos. El pelo del joven tenía un aire magnificente: era un pelo como el que debían de tener los antiguos romanos cuando recorrían el mundo con la cabeza descubierta y bronceados por el sol. Formaba un arco perfecto sobre su baja frente despejada y se prolongaba por las mejillas y el mentón en una ceñida barba hirsuta, enérgica con energía propia y no atildada por la navaja de afeitar. Ni su nariz ni su boca eran delicadas; pero sí eran vigorosas, regulares y varoniles. Su tez era de un color moreno vivo e intenso que ninguna emoción podría alterar, y sus grandes ojos claros semejaban clavarse en uno cual un par de afiladas ágatas. Era de estatura mediana, y su tórax era de un perímetro tan generoso que casi hacía esperar oír rasgarse su ropa interior al compás de su respiración. Y no obstante, con su humana sonrisa bondadosa, no parecía ni un toro ni un gladiador. Su potente voz no tenía nada de áspera, y su amplia contestación ceremoniosa a mi enhorabuena tuvo la poderosa sonoridad con que debían de pronunciarse los discursos diplomáticos en tiempos de Augusto. Yo siempre había considerado a mi ahijada como una personita muy norteamericana, en todas las connotaciones positivas de esta palabra, conque dudé si este sólido joven latino comprendería el elemento transatlántico de su naturaleza; mas, a todas luces, hacía de ella una novia ardiente y leal. Con su rubia belleza, ella se me antojaba tan tierna, tan deliciosa, tan hechicera, que resultaba imposible creer que él no tuviera más atención para todo esto que para la bonita fortuna que sin embargo me disgustaba sospechar que él, como buen italiano, habría calculado con exactitud. Todos los bienes terrenales de él consistían en una finca heredada de sus padres: una villa dentro de las murallas de Roma, que su escasez de fondos había dejado decaer en un sombrío abandono.

-Está enamorada de la Villa no menos que del conde -me dijo su madre-. Sueña con convertir al conde; eso está muy bien. ¡Pero también sueña con reacondicionar la Villa!

Los tapiceros fueron puestos a trabajar, creo, antes de la boda, y además hubo un exhaustivo barrido y fregado de salones y desbroce y rastrillado de paseos y arboledas. Martha hizo frecuentes visitas de inspección mientras tenían lugar estas ceremonias; pero un

día, a su regreso de una de ellas, irrumpió en mi pequeño estudio con semblante de gracioso horror. ¡Ella había pillado a los decoradores raspando el sarcófago del gran paseo de encinas para despojarlo de su envoltura de musgo, el sagrado orín verde de los siglos! Esa era la idea que tenían de hacer agradable la Villa. Había hecho que lo trasladaran a la ubicación más húmeda que les fuese dable encontrar; pues, inmediatamente después de la sonrisa de su novio, lenta tanto en dibujarse como en desdibujarse, lo que más valoraba ella era la herrumbrosa superficie de sus mármoles patrimoniales. La conversión del joven conde progresaba con menos rapidez, y de hecho tengo para mí que su prometida ponía poco celo en el empeño. Lo amaba tan devotamente que no creía que un cambio de fe pudiera volverlo mejor, y por complacerlo habría rezado gustosa sus oraciones al sagrado Niño durante la Epifanía. Mas él tenía el buen gusto de no exigir tal sacrificio, y me conmovió el prometedor augurio contenido en una escena de la que fui espectador casual. Fue en San Pedro, un viernes por la tarde, durante los oficios vespertinos que se celebran en la Capilla del Coro. Me encontré a mi ahijada que paseaba feliz del brazo de su novio, tras haber dejado instalada a su madre en su pequeño reclinatorio plegable cerca de la puerta de la capilla. La muchedumbre estaba aglomerada en esa zona y el cuerpo principal de la iglesia estaba desierto. De vez en cuando las alzadas voces de los cantores inundaban el vasto espacio interior y lentamente se diluían en el aire impregnado de incienso. Algo en el andar de la muchacha y la manera de enlazar su brazo con el de su novio me dijo que su felicidad era perfecta. Cuando alzó la cabeza para avizorar la magnífica inmensidad de las bóvedas y la cúpula, aprecié que se encontraba en esa envidiable tesitura en que toda la conciencia gira alrededor de un único centro y que la percepción de los esplendores que la circundaban se fundía con el éxtasis de su confianza. Se detuvieron ante ese sombrío grupo de confesonarios que tan ominosamente denuncia la pecaminosidad del mundo y Martha semejó formular alguna protesta casi vehemente. Pocos instantes después me reuní con ellos.

-¿A que conviene usted con mi parecer, querido amigo -dijo el conde, que siempre se dirigía a mí con sobremanera afectuosa deferencia-, de que antes de casarme con una tan pura y dulce criatura como ésta debería acercarme a uno de esos lugares para confesar todos los pecados de que soy culpable: todos los malvados pensamientos e impulsos y deseos de mi crasamente imperfecta naturaleza?

Martha lo miró con una mezcla de desaprobación y de homenaje, pareciendo simultáneamente asegurar que su novio no podía tener vicios y alegar que, en caso de que los tuviera, algo magnífico habría en ellos.

-¿Qué te parece? -dijo sonriendo-. ¡La lista sería larga y, si aguardas hasta acabarla, llegarías tarde a la boda! Pero si tú confiesas tus pecados por mí, no es sino justo que yo confiese los míos por ti. ¿Sabes lo que estaba diciéndole yo a Camillo? -agregó, interpelándome con la cuasifilial confianza que siempre me había mostrado y con un sonrosado brillo en las mejillas-. Que quiero hacer por él algo más de lo que comúnmente hacen las muchachas por sus novios: tomar alguna resolución, correr algún riesgo, ¡incluso quebrantar alguna ley! Estoy dispuesta a cambiar de religión si él me lo solicita. Hay veces que me siento enormemente harta de limitarme a contemplar el espectáculo del catolicismo: sería un alivio entrar en una iglesia para arrodillarme. ¿Acaso no es para eso, pensándolo bien, para lo que están las iglesias? Por consiguiente, Camillo mío, si el pensar que soy una hereje proyecta una sombra sobre tu corazón, iré a arrodillarme ante el buen sacerdote anciano que acaba de meterse en ese confesionario de ahí y le diré: "Padre, me arrepiento, abjuro, creo. Bautíceme en la fe verdadera."

-Si es un cumplido para con el conde -dije-, creo que él debería adelantársete y hacerse protestante.

Ella había hablado jocosa y risueñamente pero, aun así, con un deje de juvenil ardor. El joven la miró con solemne semblante estupefacto e hizo un ademán negativo con la cabeza:

-Conserva tu propia religión -dijo-. A cada uno la suya. Si intentases abrazar la mía, mucho me temo que cerrarías tus brazos alrededor de un espejismo. ¡Soy un mal católico! No

entiendo todas esas salmodias y ceremoniales y pompas. De niño jamás logré aprenderme el catecismo. Hace mucho tiempo que mi pobre antiguo confesor me dejó por imposible: ¡me dijo que era un chico majo pero pagano! No hay razón para que seas mejor católica que tu marido. Tampoco entiendo mucho mejor tu religión, pero te suplico que no la cambies por la mía. Si ha contribuido a hacerte como eres, ha de ser buena. -Y, tomando la mano de la muchacha, ya iba a llevársela a los labios; pero, recordando súbitamente que se hallaban en sitio poco acorde con las pasiones profanas, la bajó con una cómica sonrisa-. ¡Vámonos! -se lamentó, pasándose la mano por la frente-. Esta cargada atmósfera de San Pedro siempre me aturde.

Se casaron en el mes de mayo y nos separamos durante el verano, marchando la mamá de la condesa a deslumbrar al círculo familiar de Nueva York con la dignidad que de rebote le correspondía ahora. Cuando en otoño regresé a Roma encontré a la joven pareja instalada en Villa Valerio, que paulatinamente' iba siendo regenerada de su antigua decadencia. Recé para que la mano restauradora se posara sobre ella con levedad, pues yo, en mi calidad de empedernido pintor de genre, con el ojo puesto en posibles "temas", prefería que se acumulara la ruina. Plenamente mi ahijada compartía mi opinión, ya que poseía un estupendo sentido de lo pintoresco. Cuando con frecuencia comentaba conmigo los proyectados cambios, en ocasiones se mostraba más conservadora que yo mismo; y más de una vez sonreí ante su celo arqueológico y le manifesté que creía que se había casado con el conde porque éste se asemejaba a una estatua de la Decadencia. Yo contaba con una invitación permanente para pasar el día en la Villa, y mi caballete estaba siempre plantado en uno de los paseos del jardín. Llegué a sentir una pasión de pintor hacia aquel sitio y a intimar con cada uno de los enmarañados arbustos y retorcidos árboles, cada una de las vasijas recubiertas de musgo, cada uno de los mohosos sarcófagos y tristes bustos desfigurados de aquellos torvos romanos antiguos que a duras penas habrían podido tener un semblante más demacrado. La finca no era muy extensa; pero, aunque existían muchas otras villas más pretenciosas y espléndidas, ninguna me parecía tan profundamente pintoresca, tan románticamente indolente y descuidada, tan colmada de preciosos despojos antiguos ni tan abrumada de ecos semihistóricos. Incluía un viejo paseo de encinas donde religiosamente yo pasaba media hora todos los días: media hora era, lo confieso, lo máximo que podía permanecer sin ponerme a estornudar. En él los árboles se arqueaban y entrecruzaban con la más curiosa de las simetrías a lo largo de una umbrosa perspectiva; y, por hallarse mirando al poniente sin interrupción, el declinante sol de la tarde lo dotaba de una especie de neblina dorada y jugueteaba traspasándolo -entre las hojas y las nudosas ramas y los musgosos mármoles- con un millar de dedos carmesíes. Estaba lleno de fragmentos escultóricos desenterrados -estatuas anónimas y cabezas desnarigadas y sarcófagos toscamente labrados- que lo volvían deliciosamente solemne. En la eterna penumbra las estatuas se alzaban como cosas conscientes, absortas en sus milenarios recuerdos. Solía detenerme junto a ellas medio esperando que hablaran y me contaran sus secretos de piedra: que me confiaran con voz grave el paradero de sus desmoronadas compañeras, aún no exhumadas del terreno.

Mi ahijada vivía idílicamente feliz y absolutamente enamorada. Me vi forzado a admitir que aun las más rígidas reglas tienen excepciones y que, una vez que otra, un conde italiano es un individuo decente. Camillo lo era hasta la médula, v semejaba encantado de que lo adorasen. Sus vidas eran una especie de juguetón intercambio de caricias, tan francas e ilimitadas como las del zagal y la zagala de un poema bucólico. Caminar por el paseo de encinas y sentir en el talle el brazo de su marido y apoyar la mejilla contra su hombro, liarle cigarrillos mientras él fumaba en la gran rotonda de suelos de mármol emplazada en mitad de la casa, escanciarle un vaso con una antigua y descolorida ánfora roja: estas donosas ocupaciones llenaban de dicha a la joven condesa.

A veces ella salía a cabalgar con él bajo la encespedada sombra de acueductos y tumbas y a veces le permitía lucir a su bella esposa en las cenas y bailes romanos. Después de cenar jugaba con él al dominó, y diariamente ponía en práctica un informal plan de leerle los

periódicos. Esta observancia estaba sujeta a fluctuaciones, debido a la invencible tendencia del conde a echarse a dormir, defecto éste que su esposa nunca intentó disimular o paliar. Ella se sentaba a espantarle las moscas mientras él yacía pintorescamente adormilado, y, si acaso yo me llegaba a su vera, se llevaba un dedo a los labios y me cuchicheaba que opinaba que su marido resultaba no menos guapo dormido que despierto. Confieso que muchas veces me sentí tentado de replicarle que desde luego resultaba no menos ameno, pues la felicidad del joven no había multiplicado los temas sobre los cuales conversaba con soltura. El tenía sobrado sentido común, y sus opiniones en cuestiones prácticas eran siempre dignas de ser tomadas en consideración. A menudo venía a sentarse cerca de mí mientras yo trabajaba en el caballete, y me brindaba un amistoso comentario crítico. Su gusto era un poco basto, pero tenía un excelente ojo, y su medida del parecido entre algún detalle de mi copia y el original era fiable cual la de un instrumento matemático. Pero se me antojaba que adolecía de una extraña reserva o de una extraña ingenuidad: que estaba básicamente desprovisto de "ideas". No tenía ninguna creencia, ninguna esperanza, ningún temor: nada más que sentidos, apetitos, y gustos comedidamente lujosos. Cuando lo observaba pasear mirándose las uñas, muchas veces me preguntaba si poseería algo que con propiedad pudiera denominarse alma y si la buena salud y el buen carácter constituirían la suma total de sus cualidades. "Menos mal que tiene buen carácter –me decía para mis adentros–; pues, de no ser así, en su conciencia no hay nada capaz de llamarlo al orden. Si tuviera los nervios irritables en vez de templados, sería capaz de estrangularnos igual que Hércules niño estranguló a las pobrecitas serpientes. ¡Es el epítome de hombre espontáneo! Felizmente, su carácter es gentil y puedo mezclar mis colores tranquilo." Me intrigaba en qué pensaría y qué se le pasaría por las mientes en la soleada ociosidad que parecía aislarlo de ese prosaico mundo moderno del cual, a despecho de mi pasión por pintarrajear lienzos con fútiles retratos de mohosas estatuas contra fondos de boj, yo seguía preciándome de formar parte. Incluso llegué a creer que alguna vez se hurtaba del mundo por completo. El atravesaba por estados anímicos en que su conciencia parecía tan remota y su mente tan absorta y callada que sólo parecían capaces de despabilarlo una enérgica caricia o una repentina violencia. Aun su abundante ternura hacia su esposa tenía cierto cariz que no acababa de convencerme. Tuviera alma o no, él no parecía sospechar que ella sí la tenía. Me tomé un interés de padrino por eso que no siempre me había parecido avinagrado y pedante definir como el desarrollo moral de ella. Sinceramente yo la consideraba una muchacha abierta a las más finas emociones espirituales. Pero ¿qué estaba siendo de su vida espiritual en esta interminable luna de miel paganizante? Algún día terminaría cansándose de los beaux yeux del conde y apelaría al alma de éste. Tenía, según me constaba, proyectos de estudio, de caridad, de desempeñar con dignidad su papel de condesa Valerio, posición ésta para la cual los anales de la familia proporcionaban asaz memorables modelos. Pero, dado que el conde encontraba soporíferos los periódicos, yo dudaba de que fuera a pasar las páginas de Dante con el entusiasmo requerido por su esposa o de que sonriera con mucha convicción ante las anécdotas de Vasari.[1] ¿Cómo podría aconsejarla, instruirla, ayudarla? Y, si ella llegaba a ser madre, ¿cómo iba a poder compartir sus responsabilidades? Sin duda él podía garantizarle a su hijo y heredero un robusto par de brazos y piernas y una magnificente cascada de rizos, y alguna vez se quitaría de la boca el cigarrillo para darle un beso en un hoyuelo; pero me resultaba arduo pintármelo aportando su voz para enseñarle al vivaz pilluelo el alfabeto o las plegarias, o los rudimentos de la virtud infantil. El conde sí poseía, a decir verdad, una cualidad que lo convertiría en un agradable compañero de juegos: en el bolsillo siempre llevaba una colección de fragmentos preciosos de pavimento antiguo -trocitos de pórfido y malaquita y lapislázuli y basalto– desenterrados en sus propios terrenos y brillantemente pulidos por el uso. Cada media hora se podía verlo entretenido con ellos, jugando al simple juego de las tabas, disponiéndolos en círculo,

[1] Giorgio Vasari (15111574), arquitecto, pintor e historiador artístico italiano, autor del libro Vite dei piu eccellenti architettori, pittori, scultori italiani, da Cimabue insino a'tempi nostri, que cubre el periodo comprendido entre los siglos XIII y XVI y contiene datos de gran valor sobre los primitivos italianos. (N. del T)

lanzándolos en rotación y recogiéndolos con el dorso de la mano. Su destreza era notable: impulsaba un fragmento a una altura de varios metros, y lanzaba y recogía y reorganizaba los demás antes de volver a cogerlo. Con cariñoso interés yo aguardaba indicios de que Martha principiase a comprender que había escogido un consorte algo inadecuado. Una o dos veces, conforme transcurrieron las semanas, tuve la impresión de percibirlos y de que ella me miraba con ojos que parecían recordar ciertas viejas conversaciones conmigo en que yo había afirmado -con el grado de acierto que ustedes quieran- que los franceses, los italianos, los españoles, podían ser unos sujetos estupendos, pero que en realidad nunca respetaban a la mujer a quien decían amar; pero la mayor parte del tiempo, lo confieso, estas sombrías cavilaciones mías se consumían solas en la encantada atmósfera de nuestra hermosa villa antigua. Estábamos fuera del mundo moderno y no teníamos trato con los modernos escrúpulos. El sitio era tan luminoso, tan tranquilo, tan consagrado al silencioso pasado imperturbable, que la amodorrada satisfacción parecía una ley natural; y a veces cuando, sentado para pintar, yo veía a la pareja cruzar cogidos del brazo el extremo de una de las prolongadas perspectivas y, volviendo a mi paleta, encontraba empalidecidos por la radiante visión mis colores, fácilmente podía imaginarme ser el viejo y fiel cronista de una leyenda de todo punto poética.

Era una fuente adicional de generosas sensaciones la circunstancia de que el conde, cediendo a las insistencias de su esposa, hubiera acometido una serie de excavaciones sistemáticas. Excavar es un lujo caro, y ni Camillo ni sus inmediatos antepasados habían dispuesto de medios para una actividad arqueológica desinteresada. Mas su joven esposa se había persuadido de que el pateadísimo suelo de la Villa estaba tan lleno de tesoros enterrados como un pastel de bodas lo está de pasas, y de que sería un bello homenaje a la casa antigua que la había aceptado por dueña consagrar una fracción de su dote a sacar a la luz sus mohosos honores. Creo que ella no dejaba de albergar la suposición de que este proceso altruista contribuiría a desinfectar sus dólares yanquis del impertinente olor a comercio. A tal fin buscó asesoramiento erudito, y pronto estuvo dispuesta a jurar, basándose en premisas irrefutables, que una colosal Minerva de bronce dorado mencionada por Estrabón esperaba plácidamente la resurrección en un punto a cien metros del ángulo noroeste de la casa. Trajo consigo a almorzar a un par de viejos anticuarios grotescos a los cuales, tras agasajarlos abundantemente con inusitadas bebidas, llevó a que se dieran un garbeo por los terrenos; y, aunque no se pusieron de acuerdo sobre ninguna otra cosa, cada uno por separado le aseguró que con probabilidad unas excavaciones dirigidas idóneamente rendirían una inigualada cosecha de descubrimientos. El conde se había mostrado no sólo indiferente sino incluso hostil al proyecto y más de una vez había cortado con una inhabitual acritud de tono las alegres alusiones al mismo por parte de su esposa. "Deja yacer en paz a los pobres dioses desheredados, a la Minerva, al Apolo o a la Ceres que tan segura estás de hallar -decía-, y no turbes su reposo. ¿Qué quieres de ellos? Nosotros no podemos adorarlos. ¿Vas a ponerlos sobre pedestales para contemplarlos irrespetuosamente? Si no puedes creer en ellos, no los molestes. ¡Que descansen en paz!" Recuerdo haberme sentido asaz impresionado por una enérgica confesión que su esposa le arrancó al afirmar en tono bromista, como réplica a ciertas objeciones de esta índole, que era verdaderamente supersticioso.

-¡Sí, por Baco, soy supersticioso! -exclamó-. ¡Quizá demasiado! Pero soy un italiano de vieja cepa y has de aceptarme como soy. ¡Aquí se han visto y hecho cosas que dejan un rastro de extrañas influencias! A ti, que provienes de otra raza, sin duda no te afectan. Pero me afectan a mí, a menudo, en el murmullo de las hojas y en la fragancia del suelo lleno de moho y en los ojos vacíos de las estatuas antiguas. No aguanto mirar a la cara a las estatuas. Me parece ver otros ojos extraños en sus órbitas vacías y apenas si sé lo que me dicen. A las pobres estatuas antiguas yo las llamo fantasmas. Sinceramente, ya tenemos aquí bastantes acechando y espiando desde cada rincón en sombras. ¡No excaves más o no respondo de mi cordura!

Este relato de las susceptibilidades de Camillo era demasiado extravagante como para que a su esposa no le pareciera casi un chiste; y, aunque barrunté que en todo aquello había algo más, tan rara vez él contaba chistes que yo habría lamentado helar intempestivamente la sonrisa de la pobre muchacha. Con su sonrisa ella ganó la discusión, y a los pocos días llegó una especie de explorador acompañado de una docena de obreros armados de picos y palas. En cuanto a mí, me sentí secretamente fastidiado por estas enérgicas medidas; pues, aunque adicto a las estatuas desenterradas, no me gustaba el desenterramiento y deploraba los estrepitosos ruidos que a partir de ahora iban a turbar la indolente quietud de los jardines. Experimentaba especial aversión hacia el personaje que dirigía las operaciones: un hombrecillo feo, con aspecto de enano, que cabalmente parecía un genio subterráneo, un mohoso gnomo del mundo inferior, y que iba haciendo prospecciones por el parque con una maligna sonrisa que sugería más placer por el dinero que el Signor Conte iba a invertir que por los esperados mármoles y bronces. No bien fue removido el primer terrón, el conde pareció mudar de humor y su ingénita curiosidad pudo más que sus reticencias. Aspiraba embelesado la fragancia de la tierra húmeda, y con ojos encendidos de expectación se quedaba contemplando a los obreros mientras éstos golpeaban a cada vez mayor profundidad. Siempre que un pico chocaba contra una piedra, profería una aguda exclamación, y si no saltaba a la zanja era sólo porque el bajito explorador le aseguraba que se trataba de una falsa alarma. Parecía que la perspectiva de inminentes descubrimientos lo afectaba en los nervios y más de una vez me lo encontré vagando inquieto por sus paseos de cedros como si por fin se hubiera puesto a pensar: me tomaba del brazo y me hacía caminar junto a él, y peroraba ardorosamente sobre la posibilidad de un "hallazgo". Yo estaba bastante maravillado ante este entusiasmo imprevisto y me preguntaba si él miraría al pasado o al futuro, a la belleza de los posibles Apolos y Minervas o a su valor en el mercado. Cada vez que el conde venía a denigrar a su pequeño ejército de obreros como un hatajo de golfos holgazanes, el bajito explorador me miraba con un guiño sarcástico que parecía insinuar que las excavaciones eran un provechoso timo. Estuvimos algún tiempo en suspenso, pues hubo varios indicios finalmente desmentidos. La tierra fue sondeada en sitios equivocados. El conde empezó a desanimarse y a prolongar su últimamente abreviada siesta. Mas el bajito explorador, que tenía sus propias ideas, prosiguió sus tareas sagazmente; y cuando me sentaba ante mi caballete oía el golpear de las palas sacando las piedras de sus sitios. De vez en cuando yo hacía una pausa con una incontenible aceleración de los latidos de mi corazón. "¡Podría ser –me decía para mis adentros– que alguna marmórea obra maestra estuviera agitándose bajo la aligerada capa de tierra! Tampoco sería tan de extrañar. ¡Podría ser que me llamasen para dar la bienllegada a otro Antinoo vuelto a la gloria, a una Venus, a un Fauno, a un Augusto!"

Una mañana tuve la impresión de llevar media hora oyendo un ajetreo de voces mayor de lo habitual, pero como estaba enfrascado en un trabajoso detalle de mi labor no hice averiguaciones. De pronto una sombra se proyectó sobre mi lienzo y me volví. El bajito explorador se había llegado a mi vera, con los ojos brillantes, la gorra en la mano, la frente perlada de sudor. En el hueco de su brazo traía un fragmento marmóreo semicubierto de tierra. En respuesta a mi mirada interrogadora me lo tendió, y advertí que se trataba de una bien torneada mano femenina.

-¡Venga conmigo! -se limitó a decir, y me condujo hasta la excavación. Los obreros formaban un grupo tan compacto alrededor de la abierta zanja que no pude ver nada hasta que los hizo apartarse. Entonces, a pleno sol, cuya luz casi reflejaba a despecho de sus incrustaciones de moho, contemplé, apuntalada con algunas piedras contra un montón de tierra, una majestuosa imagen de mármol. Me pareció casi colosal, si bien posteriormente habría de percatarme de que era de proporciones humanas exactas. El pulso comenzó a palpitarme, pues comprendí que se trataba de una obra magnífica y que asimismo era magnífico contarme entre los primeros que la veían. Su maravillosa belleza le infundía un aspecto casi humano y sus ojos ausentes parecían sorprenderse de nosotros a su vez. Llevaba amplios ropajes, de lo cual colegí que no se trataba de una Venus–. Es una Juno –dijo el

explorador, categóricamente; y de hecho semejaba la personificación de la supremacía y el reposo celestiales. Su hermosa cabeza, ceñida por una simple cinta, no debía de haberse inclinado sino para hacer gestos de mando; sus ojos miraban fijos al frente; su boca era implacablemente grave; una extendida mano parecía haber blandido una especie de vara imperial; el brazo del cual procedía la mano rota colgaba a lo largo del costado con la máxima majestuosidad clásica. La artesanía era del más excepcional acabado y, aunque en su expresión acaso había una especie de conato vagamente moderno de plasmación psicológica, estaba esculpida, en conjunto, a la grandiosa y sencilla manera del periodo helenístico. Era una obra maestra de habilidad y un portento de buena conservación.

-¿Está enterado el conde? –pregunté enseguida, pues tenía la culpable sensación de que nuestros ojos estaban arrebatándole algo.

-El Signor Conte está durmiendo su siesta -dijo el explorador con su escéptica sonrisita-. No nos gusta interrumpirla.

-¡Aquí viene! -exclamó uno de los obreros, conque le abrimos paso. Saltaba a la vista que su siesta se había interrumpido bruscamente, pues tenía abotargado el rostro y despeinado el cabello.

–¡Ah, mi sueño..., o sea que mi sueño era verdad! –exclamó, y se quedó mirando pasmado la imagen.

-¿Cómo era tu sueño? -pregunté, toda vez que su rostro más semejaba importar consternación que regocijo.

-Que habían hallado una Juno... y que ella se levantaba y venía a posar su marmórea mano sobre la mía, ¿sabe? -dijo el conde, nervioso.

Una especie de sobrecogido "¡Ooh!" gutural brotó de los atentos obreros.

-¡Esta es la mano! -dijo el bajito explorador, esgrimiendo su perfecto fragmento-. La he tenido yo esta media hora; así es que no ha podido tocarlo.

-Pero por lo visto tienes razón en lo de que se trata de una Juno -dije-. Admírala a tu sabor. -Y me retiré; pues si el conde era supersticioso, yo quería dejarlo desahogarse libremente. Me encaminé hacia la casa para llevarle la noticia a mi ahijada, a quien hallé dormitando (sin sueños, al parecer) sobre un grueso libro de arqueología-. Han tocado fondo -dije-. ¡Han encontrado cuando menos una Juno de Praxíteles!

Ella apartó su volumen en octavo y llamó para pedir un quitasol. Le describí la estatua, mas no muy gráficamente, según sospecho, pues Martha esbozó una leve mueca sarcástica.

-Un largo peplum[2] estriado -dijo-. ¡Qué raro! No creo que sea tan bella.

-Es lo bastante bella, figlioccia mia -repuse-, como para ponerte celosa.

Delante de la resurgente diosa hallamos al conde en absorta contemplación, con los brazos cruzados. Parecía haberse recobrado de la excitación de su sueño, mas me pareció que su semblante delataba una emoción aún más honda. Estaba pálido y no reaccionó cuando su esposa lo asió del brazo acariciadoramente. No estoy seguro, sin embargo, de que la inmediata actitud de ella no fuera un todavía más encendido elogio a la perfección de la imagen. Se había reído de mi rapsodia mientras veníamos desde la casa, y yo había recordado la afirmación que había leído en alguna parte sobre que las mujeres carecen de percepción de la belleza pura. Paulatinamente, no obstante, Martha semejó apreciar la infinita majestad de nuestra Juno. Durante un buen rato la contempló en silencio, apoyada en su marido, y después dio unos casi tímidos pasos por las piedras que formaban una tosca base para la figura. Puso sus dos sonrosadas manos desenguantadas sobre los pétreos dedos de la diosa y por unos instantes permaneció estrechándolos con su cálida presión y fijando sus ojos vivos en el inmóvil rostro. Cuando se dio la vuelta sus ojos brillaban con una lágrima de admiración: una lágrima que su marido estaba demasiado profundamente absorto para advertir. Por lo visto él había dado órdenes de que los obreros fueran regalados con un barril de vino en honor a su descubrimiento. Ya lo habían traído y abierto allí mismo, y el bajito explorador, tras llenar el

[2] En latín, un manto de ceremonia de las mujeres griegas y romanas. (N. del T.)

primer vaso, se adelantó sombrero en mano a ofrecérselo obsequiosamente a la condesa. Ella se limitó a mojar los labios en él y se lo pasó a su marido. El se lo llevó a los suyos maquinalmente; entonces se puso inesperadamente rígido, lo alzó un momento y lenta y solemnemente lo vertió a los pies de la Juno.

-¡Caramba, una libación! -exclamé. Él no contestó, sino que se alejó morosamente.

Aquel día ya no se trabajó más. Los obreros se tumbaron en el césped, admirando con ese innato gusto romano por las bellas obras escultóricas, pero sin malgastar en ceremonias paganas el vino. Al atardecer el conde hizo otra visita a la Juno y dio órdenes para que a la mañana siguiente la trasladaran al Casino. El Casino era un pabellón vacío, construido en no desacertada imitación de un templo jónico yen el cual muchas veces debieron de congregarse los antepasados de Camillo para degustar refrescos en vasos de cristal veneciano y escuchar refinados madrigales. Contenía diversos fragmentos polvorientos de escultura arcaica y era lo bastante espacioso como para albergar la rica colección de la cual yo empezaba a pensar ilusamente que la Juno no era más que el núcleo. Aquí, sin demoranza, fue instalada esta bella criatura, serenamente enhiesta, sirviéndole de suficientemente sólido pedestal un cippus[3] funerario invertido. El bajito explorador, que parecía un experto en todas las facetas de la restauración, la frotó y restregó con misteriosa habilidad, le quitó las manchas terrosas y reduplicó el fulgor de su belleza. Su fascinante esencia pareció brillar con una especie de renaciente pureza y florecimiento y, a no ser por la rota mano, se habría podido pensar que acababa de recibir el último golpe de cincel. Su fama no permaneció en secreto. En el plazo de dos o tres días media docena de inquisitivos cognoscenti se apostaron afuera para tratar de verla. Acerté a hallarme presente cuando el primero de tales caballeros (un alemán de gafas azules, con un porfolio bajo el brazo) pidió ser admitido a la Villa. Al oír su voz en la puerta, el conde se aproximó y fríamente lo estudió de pies a cabeza.

- Es mucho más probable, en mi opinión -comenzó el alemán-, que su nueva Juno, Signor Conte, sea en realidad cierta Proserpina...

–No tengo ni una Juno ni una Proserpina que tratar con usted –dijo secamente el conde–. Está usted mal informado.

– ¿No ha sido hallada ninguna estatua? –exclamó el alemán–. ¡Pues qué infundio más escandaloso!

–No ha sido hallado nada digno de su docta atención. Lamento que se haya tomado la molestia de cargar con su cuaderno de notas desde tierras tan lejanas. -¡Inesperadamente el conde se había vuelto ingenioso!

-Pero usted tiene alguna obra, sin duda. El rumor circula por Roma.

–¡Al diablo con el rumor! –exclamó el conde desaforadamente–. No tengo nada, ¿entiende? Haga el favor de comunicárselo a sus amigos.

La respuesta había sido tajante y el pobre arqueólogo se marchó agitando su cabellera de color rubio pajizo. Pero yo lo compadecí y me aventuré a formularle un reproche al conde:

- Si no ha de verla nadie, es como si siguiera bajo tierra -dije.

- ¡He de verla yo; con eso basta! -replicó con la misma anómala acrimonia. Después, luego de un instante, al pillarme mirándolo de soslayo con acuitada sorpresa, agregó-: No podía soportar su gran porfolio. Iba a hacer algún dibujo horrible de ella.

- Huy, eso me atañe -dije-. Yo había estado planeando hacerle un pequeño boceto.

Durante unos instantes guardó silencio, tras lo cual se volvió y me asió del brazo con menor irritación pero con extremada seriedad.

- Entre usted allí en el momento del crepúsculo -dijo- y siéntese un rato a contemplarla. Yo creo que renunciará a su boceto. Si no es así, mi buen amigo, ¡tiene permiso!

Seguí su consejo y, como amigo, renuncié a mi boceto. Pero un artista es un artista, conque secretamente seguí anhelando intentarlo. En estricta concordancia con la respuesta del

[3] En latín, un pilar. (N. del T.)

conde a nuestro amigo alemán, se impartieron instrucciones a los criados, quienes, con una italiana conciencia tranquila y una italiana persuasividad donosa, a todos los sucesivos perquiridores les aseguraron que habían sido lamentablemente malinformados. No me cabe duda, por cierto, de que, a falta de mejor oportunidad, supieron volver remunerativa su condolencia. Se suspendió, de momento, cualquier nueva excavación, ya que habría significado una afrenta a la incomparable Juno. Los obreros se marcharon, mas el bajito explorador siguió rondando por los terrenos y sondeando el suelo para su propia distracción. Un día me abordó con su acostumbrada mueca equívoca.

-La hermosa mano de la Juno -se dolió-: ¿qué ha sido de ella?

-No la he visto desde que usted me llamó para ver la estatua. Recuerdo que cuando me marchaba la vi sobre el césped junto a la excavación.

-¡Donde la puse yo mismo! Después de eso desapareció. Ecco!

- ¿Sospecha usted de alguno de sus obreros? Un fragmento semejante puede proporcionar más scudi de los que la mayoría de ellos ha visto jamás.

-Algunos, quizá, son más desaprensivos que otros. Pero, si yo convocara al peor de todos y lo acusara, el conde se interpondría.

- El conde tiene que apreciar esa hermosa mano, no obstante.

El bajito experto en desenterramientos avizoró en su derredor y me hizo un guiño:

-La aprecia tanto que él mismo la ha robado. Tal es mi creencia, y me parece que cuanto menos hablemos de ello, mejor.

- ¿Robado, señor mío? Al fin y al cabo, es propiedad suya.

-No hasta tales extremos. Una criatura tan bella es más o menos propiedad de todo el mundo: todos tenemos derecho a contemplarla. Pero el conde la trata como si fuese una sacrosanta imagen de la Virgen. La mantiene encerrada a cal y canto y le tributa solitarias visitas. ¿Qué hace, pensándolo bien? Cuando una mujer hermosa es de piedra, todo cuanto uno puede hacer es mirarla. Y ¿qué hace con esa preciosa mano? ¡Debe de guardarla en una caja de plata: habrá hecho de ella una reliquia! -Y el bajito explorador empezó a reírse grotescamente entre dientes y se marchó.

Me dejó sumido en disgustadas cavilaciones y preguntándome qué diantres habría querido dar a entender. Ciertamente el conde había decidido hacer de la Juno un misterio, pero esto parecía un incidente lógico en el primer arrebato de posesión. Me sentí dispuesto a aguardar hasta tener libre acceso a ella y mientras tanto celebraba comprobar que su endémica apatía tenía un límite. Pero a medida que los días transcurrieron empecé a ser consciente de que su disfrute no era comunicativo sino extrañamente frío y taciturno y sombrío. El hecho de admirar a una diosa de mármol no era razón para despreciar a la humanidad, pero realmente él parecía hacer odiosas comparaciones entre nosotros. De esta cruel proscripción no estaba exceptuada su encantadora esposa. En determinados momentos, cuando yo procuraba persuadirme de que él no era ni mejor ni peor compañía que antes, el rostro de ella desmentía mi optimismo. Ella no decía nada, pero exhibía un sempiterno semblante de patético desconcierto. Alguna vez se sentaba fijando los ojos en él con una especie de suplicante reproche y tierno asombro, como si de momento la sorpresa llena de compasión mantuviera a raya el enojo. Lo que ocurría entre ellos en privado, yo no tenía, claro está, licencia para indagarlo. Nada, me figuro, y eso era lo triste. Asimismo resultaba triste que él se mostrara inasequible a aquellas mudas miradas y que con aire de superlativa abstracción les hiciese caso omiso. Ocasionalmente se percataba de que yo lo miraba con acuciante desaprobación y entonces, por un momento, sus cansinos ojos relampagueaban con una mezcla, según parecía, de una desafiante malicia y un extrañamente reprimido impulso de explicarse. Pero mantenía su rostro inexorable y cruelmente apartado de su esposa; y cuando ella se le aproximaba con alguna zalamera caricia, la recibía con un mal disimulado respingo. Internamente yo protestaba y rabiaba. Empecé a odiar al conde y todo cuanto le pertenecía. "¡Yo tenía razón mil veces -exclamaba: un conde italiano puede ser distinguidísimo, pero nunca cumplirá! Dadnos un saludable joven de nuestra propia sangre, que no ha de jugarnos una de estas malas

pasadas del siniestro Viejo Mundo. ¡Aunque yo sea pintor, jamás recomendaría un marido pintoresco!" Perdí mi afición por la Villa, por las purpúreas sombras y las dulces luces, los musgosos mármoles y la dilatada silueta serpenteante de los Montes Albanos. Mi labor pictórica se paralizó: todo me parecía feo. Me sentaba a preparar mi paleta y me daba la impresión de mezclar lodo con mis colores. Mi cabeza andaba rebosante de lúgubres meditaciones; un peso intolerable semejaba oprimirme el corazón. El conde pasó a ser, para mi magín, una siniestra florescencia de las pérfidas semillas que la Historia había plantado en su estirpe. No era de extrañar que estuviera predestinado a ser cruel. ¿Acaso en su raza no era la crueldad una tradición y el crimen un mérito? Las desenfrenadas pasiones de sus antepasados se agitaban ciegamente en su naturaleza primaria y clamaban mudamente por manifestarse. ¡Qué herencia tan onerosa me parecía, al examinarlo en mis melancólicas meditaciones, el infinito linaje del conde! Remontándose al pródigo renacimiento de las artes y de los vicios, al sangriento fragor de las guerras medievales, remontándose, a través de la larga y a intervalos esplendorosa noche de las tempranas eras, hasta sus esforzados orígenes en el sólido Imperio Romano, a través de todas las tinieblas de la Historia, parecía ensancharse más y más, perdiendo gradualmente aun el más ínfimo derecho a mis simpatías. Un historial semejante era en sí mismo una maldición... ¡y mi pobre niña había esperado que se acomodara en su propia conciencia con idéntica ligereza y facilidad que una pluma en su sombrero! Apenas si tengo idea de cuánto duró esta penosa situación. Pareció aún más larga por la obstinada reserva de mi ahijada y mi imposibilidad de brindarle una palabra de consuelo. Una mujer sensible decepcionada en el matrimonio agota su propio ingenio antes que pedir consejo. Las tribulaciones del conde, cualesquiera que fuesen, lo volvían cada vez más inquieto: iba y venía a la ventura, con nerviosa brusquedad; daba largos paseos a caballo en solitario; y, por lo que colegí, rara vez se dignaba disculparse ante su esposa; pero, así y todo, a medida que pasaba el tiempo, jamás hizo nada que aclarara siquiera en parte su misterio. Con el decurso del tiempo, empero, confieso que mis aprensiones comenzaron a atemperarse por la lástima. Si había esperado verlo aplacar a sus apremiantes antepasados mediante un crimen, ahora que su rectitud innata parecía resuelta a privarlos de esa satisfacción sentí una especie de relativa gratitud. Ningún hombre podía mostrarse tan extrañamente sombrío sin ser desgraciado. El siempre me había tratado con esa antigua deferencia hacia las barbas canosas, para las cuales los hombres hechos y derechos reservan lo mejor de su ternura general hacia las modas que declinan, conque creí posible que me toleraría tenderle una mano auxiliadora en sus cuitas. Una noche, cuando ya me había despedido de mi ahijada y le había dado mi ineficaz bendición con un beso silencioso, salí y me encontré al conde sentado en el jardín bajo la suave luz de las estrellas y contemplando un mohoso Hermes que se alzaba entre un grupo de adelfas. Me senté a su lado y le comuniqué sin tapujos que su conducta requería explicación. El volvió a medias la cabeza y sus sombrías pupilas centellearon un instante.

-¡Me hago cargo -dijo- de que usted cree que estoy loco! -Y se llevó el dedo índice a la sien y lo hizo girar.

-No, loco no, sino que no eres feliz. Y si la infelicidad sigue su curso demasiado libremente, sin duda nuestra pobre cordura se resiente de un modo terrible.

Durante un rato guardó silencio, y entonces exclamó abruptamente:

-¡No soy desgraciado! Soy prodigiosamente feliz. No podría usted creerse el bienestar que me produce sentarme aquí a contemplar ese antiguo Hermes desgastado por la intemperie. Antes me daba miedo: su ceño me recordaba a un pequeño y cejijunto sacerdote anciano que me enseñaba latín y me miraba de un modo terrorífico por encima del libro cuando más mal que bien yo traducía mi Virgilio. Pero ahora me parece una de las cosas más amistosas y estupendas del mundo y me sugiere evocaciones sobremanera deliciosas. Hace dos mil años se alzaba formidablemente severo en algún antiguo jardín romano. Vio pies calzados con sandalias hollando los senderos y cabezas coronadas de flores inclinándose sobre el vino; conoció a los antiguos romanos y a los antiguos dioses, los antiguos festines y el antiguo

culto. ¡Cuando me siento aquí, él habla, a su peculiar manera silenciosa, y me lo describe todo! ¡No, no, amigo mío: soy el hombre más feliz del mundo!

Yo había respondido no creer que estuviese loco, pero de súbito principié a sospechar que quizá sí lo estaba, pues no vi nada tranquilizador en esta singular rapsodia. El Hermes había conservado de milagro su nariz; pero cuando reflexioné que mi querida condesa estaba siendo postergada en favor de este insensible bloque pagano, secretamente me prometí venir al día siguiente con un martillo y asestarle tan vigoroso golpe que lo dejara demasiado ridículo para cualquier têtе á têtе sentimental. Mientras tanto, empero, el encaprichamiento del conde no era cosa de risa, y le expresé mi más sincera convicción cuando le dije, luego de una pausa, que le recomendaba acudir o bien a un sacerdote o bien a un médico.

Prorrumpió en una estruendosa carcajada:

–¡Un sacerdote! ¿Qué iba yo a hacer con un sacerdote, o él conmigo? Jamás me gustaron y creo que precisamente ahora me gustan menos que nunca. Conque un sacerdote, mi querido amigo... -repitió, poniéndome su mano en el brazo-; ¡no me envíe a un sacerdote si en algo valora la cordura de él! Mi confesión lo horrorizaría hasta tal extremo que se volvería loco. En cuanto a un médico, nunca en mi vida he estado mejor y, a no ser -agregó abruptamente, levantándose y mirándome desconfiado– que proyecte usted envenenarme, por caridad cristiana le aconsejo que me deje en paz.

Decididamente, el conde estaba trastornado, y no tuve ánimos, durante unos días, para volver a la Villa. ¿Cómo debía tratarlo, qué actitud debía adoptar, qué proceder exigían la felicidad y la dignidad de Martha? Me dediqué a deambular por Roma, rumiando estas cuestiones, y una tarde me hallé en el Panteón. Había empezado a caer un ligero chaparrón primaveral y corrí a refugiarme en este gran templo que los altares cristianos no han conseguido sino a medias convertir en iglesia. Ningún otro monumento romano conserva una tan honda impronta de la vida antigua o perpetúa con tamaña nitidez el recuerdo de esas viejas creencias que propendemos a considerar como tenues fábulas. Para el oído espiritual la vasta bóveda sombría parece conservar una confusa reverberación del culto pagano, igual que una caracola conserva el rumor del mar. Tres o cuatro personas estaban diseminadas ante los varios altares; otra se hallaba casi en el centro, bajo la apertura que hay en la cúpula. Al aproximarme me percaté de que se trataba del conde. Estaba allí plantado con las manos a la espalda, mirando primeramente hacia arriba, a las pluviosas nubes, que cruzaban por el gran tragaluz, y luego hacia abajo, al mojado círculo en el pavimento. En aquella época el pavimento aparecía arrugado y agrietado y magníficamente arcaico, y este amplio espacio, en libre comunicación con la intemperie, estaba tan mohoso y musgoso y verdoso como una franja de terreno ajardinado. En las ranuras de las losas había crecido una tierna vegetación, y los minúsculos brotecillos titilaban bajo la lluvia. Esta gran corriente climática, entrando por el abierto ápice del templo, disipa sobremanera eficazmente los acostumbrados olores del incienso y la cera y lo transporta a uno a una fe que vivía en términos amistosos con la naturaleza. Semejaba haber cumplido ya este último cometido para con el conde: su rostro mostraba una indefinible expresión de éxtasis y estaba tan arrobado en contemplación que aún tardó algún rato en reparar en mí. Afuera el sol pugnaba por abrirse paso entre las nubes, y sin embargo una fina lluvia continuaba cayendo y metiéndose en nuestro oscuro recinto cual una suerte de llovizna luminosa. El conde contemplaba aquello con la fascinada mirada fija de un niño que contemplara una fuente, y de improviso se apartó, apretándose con la mano la frente, y se acercó hasta uno de los altares ornamentales. Aquí otra vez se quedó mirando fijamente, pero luego de un momento se giró sobre sus talones y retornó al lugar anterior. Justamente fue entonces cuando me reconoció, y captó, supongo, la perpleja mirada que yo debía de haber fijado en él. Me saludó cordialmente con la mano y por último vino hacia mí. Me dio la impresión de que sentía una especie de nerviosa exaltación pero trataba de aparentar naturalidad.

-Este es el mejor sitio de Roma -cuchicheó-. Vale por cincuenta San Pedros. Pero ¿sabe que yo nunca había venido aquí hasta hace pocos días? Lo dejaba para los forestieri. Lo

recorren con sus guías de viajes, y leen sobre este y aquel detalle, y se creen que ya lo conocen. ¡Ah!, hay que sentirlo: sentir la belleza y la función de esa gran claraboya abierta. Ahora sólo entran el viento y la lluvia, el sol y el frío; pero antaño... antaño -y me tocó el brazo y me dedicó una turbadora sonrisa- los dioses y diosas paganos descendían a través de ella a ocupar su puesto en los altares. ¡Qué procesión, cuando los ojos de la fe podían ver aquello! ¡Y éstas son las cosas que se nos han dado a cambio! -Encogió los hombros con lástima-. ¡Me gustaría rasgar los cuadros, derribar los candeleros y envenenar el agua bendita!

- Mi querido conde -dije educadamente-, deberías tolerar las creencias sinceras de la gente. ¿Acaso quieres reinstaurar la Inquisición, aunque ahora en pro de Júpiter y Mercurio?

- ¡La gente no toleraría mis propias creencias, si las adivinara! -exclamó-. Mucho se ha hablado de las persecuciones paganas; pero también los cristianos persiguieron, y los viejos dioses hubieron de ser adorados en grutas y bosques igual que lo habían sido los nuevos. ¡Y mucho mejor! En grutas y bosques y ríos, en la tierra y el aire y el agua, era donde moraban. ¡Y allí (y también aquí, a despecho de todas las cristianas reformas de ustedes) un hijo de la vieja Italia puede todavía hallarlos!

Había dicho más de lo que quería decir, y había caído la máscara. Lo miré intensamente y experimenté un súbito brote de esa compasión que siempre nos inspira una criatura irresponsable sobreexcitada. Me pareció localizar el origen de sus preocupaciones, y fue grande mi alivio, pues mi descubrimiento me dio ganas de prorrumpir en carcajadas. Pero me limité a sonreír benévolamente. El me miró receloso, como para determinar hasta qué punto se había delatado a sí propio; y en su mirada leí, extrañamente, que tenía una conciencia a que podríamos aferrarnos. En mi gratitud, estaba presto a darles las gracias a cualesquiera dioses que se le antojaran.

-¡Ten cuidado, ten cuidado -dije-, que estás diciendo unas cosas que si ese sacristán de ahí las oyera y las contara...! -Y le pasé mi mano por el brazo y me lo llevé de allí.

Me sentía atónito y alarmado, pero asimismo divertido y aliviado. Imprevistamente el conde se me había trocado en un fenómeno deliciosamente curioso y pasé el resto del día meditando sobre la extraña imborrabilidad de las características raciales. Un sólido joven latino había llamado yo a Camillo: más sólido, en verdad, de lo que había imaginado. Ahora la discreción estaba fuera de lugar, conque a la mañana siguiente hablé con mi ahijada. Últimamente ella había estado esperando, creo, que yo la ayudara a dar libre rienda a su desazón, pues de inmediato dejó correr las lágrimas y confesó ser desdichada.

-Al principio -dijo- creí que eran imaginaciones mías, y que no se trataba de que su cariño disminuyera, sino de que mis exigencias aumentaban. Pero de improviso me embargó con un escalofrío mortal la convicción de haber dejado de interesarlo, de que algo se había interpuesto entre nosotros. Y lo horrible ha sido la ausencia de una posible causa en mi propia conducta o de algún otro visible objeto de su interés. ¡Me he devanado los sesos para descubrir qué era lo que yo había dicho o hecho o pensado para desagradarle! Y sin embargo él se conduce como un hombre demasiado profundamente herido para quejarse. No me ha dirigido ni una sola palabra agria ni una sola mirada reprochadora. Simplemente ha renunciado a mí. He dejado de formar parte de su vida.

Hablaba con tan conmovedor temblor de voz que estuve a punto de decirle que yo ya había descifrado el enigma y que esto representaba la mitad de la batalla. Pero tuve miedo de su posible incredulidad. Mi hipótesis era tan fantástica, tan aparentemente rebuscada, tan inverosímil, que resolví aguardar hasta disponer de una prueba concluyente. A fin de obtenerla seguí vigilando al conde, disimulada y precavidamente, pero con una vigilancia que ahora la curiosidad abstracta volvió doblemente intensa. Torné a pintar y no desdeñé ningún pretexto para rondar por los jardines y alrededor del Casino. El conde, creo, sospechaba mis designios, o al menos mis sospechas, y se habría alegrado de poder determinar con exactitud lo que inintencionadamente me había revelado en el Panteón. Pero lo que acrecentó mi interés por su extraordinario caso fue que, en la medida en que yo era capaz de interpretar su semblante hondamente ensimismado, siquiera de mala gana parecía haberme indultado.

Ocasionalmente, al cruzarse conmigo, me dirigía una mirada en la cual una especie de muda petición de ayuda semejaba pugnar con el instinto de desconfianza. Bastante deseoso estaba yo de ayudarlo, pero la coyuntura era indescriptiblemente delicada y quería conocer a fondo los síntomas. Mientras tanto trabajaba y esperaba y reflexionaba. ¡Oh! Reflexionaba, pueden estar seguros, sin salir de mi asombro; y, por muchas vueltas que le diera, no conseguía acostumbrarme a mi hipótesis. A veces se me ofrecía con una perversa fascinación que me despojaba de todo deseo de inmiscuirme. El conde cobraba la forma de un precioso estudio psicológico, y un refinado sentimiento parecía imponerme un cuidadoso respeto hacia su ofuscación. Yo envidiaba la fuerza de su imaginación y a veces cerraba los ojos con el vago deseo de encontrarme, al abrirlos, con Apolo bajo el árbol que tenía enfrente, tocando suavemente su flauta, o de ver a Diana corriendo ágilmente por el paseo de encinas. Pero la mayor parte del tiempo mi anfitrión me parecía simplemente un infortunado joven con un pernicioso desarreglo mental que había que enmendar con la mayor celeridad posible. ¡Si el remedio había de estar en consonancia con la enfermedad, empero, tendría que ser una ingeniosa pócima!

Una noche, después de despedirme de mi ahijada, había iniciado mi caminata habitual hacia mi alojamiento en Roma. Cinco minutos después de rebasar la verja de la Villa descubrí que me había dejado mi monóculo, un objeto de constante uso. Inmediatamente recordé que, mientras pintaba, se había roto la cadenilla que lo sujetaba a mi cuello y lo había enganchado provisionalmente en la ramita de un almendro en flor que tenía al alcance del brazo. Al poco rato había recogido mis útiles y me había ido, olvidándoseme el lente; y ahora, como lo necesitaba para leer el periódico vespertino en el Caffe Greco, no me quedaba más alternativa que volver sobre mis pasos y descolgarlo de la ramita. Lo recuperé sin mayor problema y me quedé un rato para observar el curioso aspecto nocturno del lugar que ya había estado estudiando a la luz diurna. La noche era magnífica y rebosaba todos los efluvios de la temprana primavera romana. La luna ascendía con rapidez y proyectaba ajedrezadamente su plateada luz entre las densas masas de oscuridad. Mientras la observaba en su trayectoria, caminé un poco e inopinadamente llegué a la vista del Casino. Justo en ese instante la luna, que momentáneamente se había ocultado, tocó con un blanco rayo una pequeña figura de mármol que adornaba el frontispicio de esta algo artificiosa construcción. Tan repentina iluminación hizo que se me ocurriera que adentro había un espectáculo aún más exquisito y que la misma influencia debía de sentarle formidablemente bien a la recluida Juno. La puerta del Casino estaba, como de costumbre, cerrada con llave, pero la luz de la luna bañaba sus elevadas ventanas tan generosamente que mi curiosidad se tornó obstinada... e inventiva. Cogí del pórtico una silla de jardín, la situé idóneamente y logré encaramarme hasta una de las ventanas. El marco cedió ante mi presión, giró sobre sus bisagras, y me permitió ver la anhelada escena: Juno visitada por Diana. La hermosa imagen se erguía bañada en la esplendente claridad y brillaba con una pureza que la hacía abrumadoramente divina. Aunque de día su suave tez parecía de oro descolorido, ahora su material habría podido pasar por bruñida plata. El efecto fue casi terrible: era increíble que tan elocuente belleza estuviese inanimada. Esta fue mi primera observación. Dejo que ustedes juzguen si la siguiente fue acaso menos interesante. A cierta distancia del pie de la estatua, inmediatamente fuera del ámbito central de la luz, distinguí una figura tendida sobre el pavimento, manifiestamente postrada en oración. A duras penas puedo describir de qué modo ello vino a remachar el cariz impresionante de la escena. Caracterizaba a la resplandeciente imagen como una indudable diosa y parecía conferir a su pétreo visaje una especie de consciente orgullo. Claro está que de inmediato reconocí al conde en este yacente adorador y, mientras permanecía mirándolo, la luna, como para ayudarme a descifrar todo el sentido de su actitud, prosiguió su curso e iluminó su torso y su cara. Entonces vi que tenía cerrados los ojos y que estaba o bien durmiendo o bien desmayado. Escudriñándolo atentamente, percibí la regularidad de su respiración y juzgué que no había motivo de alarma. La luz de la luna le daba un tono lívido a su rostro, que ya de por sí parecía pálido de fatiga. Había acudido a presencia de la Juno

obedeciendo a esa insólita necesidad cuyos síntomas nos habían desconcertado tan penosamente y, agotado por rendir sumisión o por oponer resistencia, se había desplomado a sus pies en cataléptico sueño. Enseguida lo despertó la esplendente luz de la luna, no obstante; musitó algo y se incorporó con una mirada vagamente extrañada. Entonces, dándose cuenta de su situación, se puso en pie y se quedó un rato mirando fijamente a la brillante estatua con una expresión que barrunté que no era la de una devoción completamente exenta de queja. Pronunció una retahíla de palabras entrecortadas cuyo sentido fui incapaz de entender, y después, tras otra pausa y un largo gemido melancólico, lentamente se encaminó hacia la puerta. Lo más rauda y silenciosamente posible descendí de mi puesto de vigilancia y me escondí por detrás del Casino, y al cabo de un momento escuché el ruido de la puerta al ser cerrada con llave y el de sus pisadas que se alejaban.

Al día siguiente, topándome con el bajito explorador en los terrenos, le hice con el dedo un ademán que pensé que le parecería signo de ominosa agresividad. Pero él se limitó a sonreír como el malicioso gnomo subterráneo con el que yo siempre lo había comparado y a retorcerse el bigote, cual si mi amenaza fuese una estupenda broma.

–Como se le ocurra excavar más agujeros por aquí –dije–, será usted arrojado al más hondo y apisonarán la tierra por encima. Ya hemos hecho sobrados descubrimientos y no queremos ninguna estatua más. Su Juno casi nos ha hundido.

Se echó a reír.

- ¡Ha ocurrido -exclamó- lo que yo me esperaba!
- ¿Qué es lo que se esperaba?
- Que el Signor Conte empezaría a rezarle sus oraciones.

-¡Cielo santo! ¿Tan común es el caso? ¿Cómo es que se lo esperaba?

-Muy al contrario: el caso es bien infrecuente. Pero yo llevo hurgando en la monstruosa herencia de la antigüedad tanto tiempo que he aprendido multitud de secretos; he aprendido que las reliquias antiguas pueden obrar milagros modernos. Hay un elemento pagano en todos nosotros (no me refiero a ustedes, illustrissimi forestieri), y los viejos dioses continúan teniendo adoradores. Aquí y allá todavía palpita el viejo espíritu, y el Signor Conte tiene la cuota que le corresponde. Es buena persona pero, hablando en confianza entre usted y yo, ¡en cuanto cristiano, es inaceptable! –Y este singular personaje reanudó su impertinente hilaridad.

-Si sus previsiones eran tan fiables –dije–, usted habría debido hacerme partícipe de ellas. ¡Yo habría mandado a paseo a sus excavadores!

- ¡Oh, pero la Juno es tan bella!

-¡Maldita sea su belleza! ¿Puede decirme qué hay de la belleza de la condesa? Para rivalizar con la Juno, ella misma está volviéndose de mármol.

Se encogió de hombros:

– ¡Oh, pero la Juno vale cincuenta mil scudi!

–Yo daría cien mil –dije– por hacerla desaparecer. Quizá, pensándolo bien, me gustaría que excavase otro agujero.

–¡Quedo a su disposición! –respondió con una florida reverencia; y nos separamos.

Un par de días más tarde cené, tal como hacía a menudo, con mi anfitrión y anfitriona, y me hallé cara a cara ante el conde por vez primera desde su postración en el Casino. Aún exhibía trazas de aquello y estaba sentado inmerso en una sombría abstracción. Pensé que el sendero de la antigua fe no era un camino de rosas y que cada día la Juno se tornaba una amante más difícil de contentar. Apenas concluida la cena, se levantó de la mesa y cogió su sombrero. Al hacerlo, mientras pasaba junto a su esposa, titubeó un instante, se detuvo y le dedicó –por primera vez, creo– esa mirada vagamente implorante que varias veces había recibido yo.

Ella movió los labios con muda compasión y le tendió las manos. El la atrajo hacia sí, la besó con una especie de furioso ardor y salió dando largas zancadas. La ocasión era propicia, e innecesaria cualquier demora.

Librodot

-Lo que tengo que contarte es asaz extraño -le dije a la condesa-, asaz fantástico, asaz increíble. Pero acaso no te parecerá tan malo como temías. Tu enemiga es la Juno. El conde... ¿cómo lo diría yo?... el conde se la toma au sérieux. -Ella guardó silencio; pero luego de un momento me tocó el brazo con su mano y comprendí que así quería decirme que yo había expresado su propio pensamiento-. Tú admirabas la arcaica simpleza de tu marido; ya ves hasta dónde llega. Ha retornado a la fe de sus mayores. Dormida durante evos enteros, la ha despertado calladamente esa imperiosa estatua. El cree en esas genealogías que cuando tú ibas a la escuela repasabas en tu libro de mitología con el fin de aprendértelas de memoria. En una palabra, querida niña, Camillo es pagano.

-Supongo que te escandalizarás enormemente -repuso- si digo que bienvenido sea a la fe que le dé la gana con tal que la comparta conmigo. ¡Yo creería en Júpiter si él me lo pidiese! Mi pesar no es por eso; ¡que mi marido sea como él quiera! Mi pesar es por el abismo de silencio e indiferencia que se ha abierto entre nosotros. ¡Su Juno es la realidad, yo la ficción!

-Últimamente me había resignado a ese abismo de silencio y a ver cómo durante todo este tiempo ibas adquiriendo un aspecto mítico. ¡Pero después de la fábula viene la moraleja! El pobre conde sólo ha sucumbido a medias: la otra mitad protesta. El hombre moderno ha sido relegado a las tinieblas junto con su incomparable esposa. ¿Cómo ha podido dejar de ver(de una manera vaga y confusa, si no podía ser de otro modo, aunque en cada latido de su corazón) que tú eres un más perfecto experimento de la naturaleza, un más maduro fruto del tiempo, que esas personas primitivas para quienes Juno era un terror y Venus un modelo? Te hace el cumplido de considerarte irreductiblemente moderna. Ha cruzado el Aqueronte,[4] pero te ha dejado atrás como rehén del presente. Lo haremos volver para redimirlo. Los viejos fantasmas ancestrales tienen que sentirse aplacados cuando una bonita criatura como tú ha sacrificado su alegría. El ha demostrado ser uno de los Valerios;[5] velaremos para que sea el último y para que sin embargo esa extinción deje al conde Camillo en un excelente estado de salud.

Hablé con una confianza que realmente sentía en parte, pues se me antojaba que si el conde podía ser influido sería por la percatación de que su extraña excursión espiritual no había logrado que su esposa lo detestase. Hablamos largamente hasta llegar a una conclusión esperanzadora, pues cuando ya me disponía a marcharme mi ahijada manifestó el deseo de ir a ver a la Juno.

-Casi desde el principio tuve miedo de ella -dijo-, conque desde que la instalaron en el Casino apenas la he visto. Tal vez pueda yo aprender de ella alguna lección y desentrañar el secreto de su influjo.

Durante un momento vacilé, por miedo a que pudiéramos molestar las devociones del conde. Entonces, como algo en el rostro de la muchacha sugirió que ella ya había pensado en eso mismo y sentía un repentino impulso de salir victoriosa del mismísimo corazón del peligro, arrojadamente le ofrecí mi brazo. La noche estaba nublada, conque manifiestamente esta vez la triunfante diosa no podría contar más que con su propio brillo. Pero al acercarnos al Casino advertí que la puerta estaba entreabierta y que adentro había luz de lámpara. La lámpara estaba colocada frente a la imagen y nos reveló que en el lugar no había nadie. Mas el conde había estado allí hacía poco. Delante de la estatua se alzaba un altar toscamente improvisado, formado por un inidentificable fragmento de mármol antiguo con una ilegible inscripción en griego. Era como si realmente nos halláramos dentro de un templo pagano, y contemplamos la serena deidad con un impulso de espiritual reverencia. Habría ido haciéndose más profundo, supongo, de no quedar bruscamente interrumpido cuando observamos una curiosa mancha en la superficie del pequeño altar. ¡Una segunda mirada nos descubrió que se trataba de sangre!

[4] Río griego parcialmente subterráneo que formaba junto al mar una laguna pestilente. Las leyendas lo consideraban el lugar de acceso a los infiernos. (N. del T)

[5] Nombre de varios dignatarios del Imperio Romano, destacadamente Valerio Publícola, quien contribuyó a la expulsión de los Tarquinos. (N. del T.)

Mi acompañadora me miró pálida de horror y se apartó con un grito. A mi mente acudió un enjambre de odiosas conjeturas y durante un momento sentí náuseas. Pero al final recordé que hay muchas clases de sangre y que los antiguos latinos no ofrendaban sacrificios humanos.

-Estáte segura de que es algo totalmente inocente -le dije-: ¡un cordero, un cabritillo o un ternero recién nacido!

Pero para sus nervios y su conciencia bastaba que se tratara de un reguero carmesí, conque regresó a la casa en un estado de gran alteración. El resto de la noche no transcurrió de una forma que le restituyese la tranquilidad. El conde no había vuelto, y se quedó levantada esperándolo hora tras hora. Permanecí junto a ella fumando cigarros con toda la compostura que me era posible; pero por dentro me preguntaba en nombre de todos los dioses qué habría sido de él. Gradualmente, conforme avanzó la hora, elaboré una vaga interpretación de aquellos siniestros agüeros, interpretación que no resultaba menos válida y fervientemente deseable porque fuera considerablemente optimista. Las gotas de sangre sobre el altar, pensé, serían el último pago de su deuda y el fin de su ofuscación. Habían sido un mal menor, pues él era, al fin y al cabo, una criatura demasiado noble como para no odiarse a sí propio por haberlas derramado y no abjurar de un ídolo tan apremiantemente cruel. ¡Se había marchado para recuperarse en soledad y volvería a nuestro lado con el corazón contrito y la mente despejada! Desde luego yo me habría persuadido mucho más fácilmente de todo esto, empero, si hubiese oído sus pisadas en el vestíbulo. Al alba, cuando bajo la luz gris el pesimismo amenazaba con abrirse paso, salí desasosegadamente al pórtico. Desde aquí, momentos después, lo vi venir por el césped con pasos arrastrados, salpicado de barro y patentemente fatigadísimo. Debía de haber estado caminando toda la noche, y su expresión denotaba que su espíritu había conocido tanta agitación como su cuerpo. Pasó junto a mí y antes de entrar en la casa se detuvo a mirarme un instante y me tendió la mano. Se la estreché calurosamente y me pareció que le palpitaba con todo lo que él no podía expresar.

–¿Vas a ver a tu esposa? –pregunté.

Se pasó la mano por los ojos e hizo un ademán negativo con la cabeza.

–Ahora no..., todavía no..., ¡en otra ocasión! –contestó.

Quedé decepcionado, pero la convencí, creo, de que él había expulsado al demonio. Ella sintió, pobrecilla, un comprensible deseo de festejar el acontecimiento. Yo regresé a mi alojamiento, pasé el día en Roma y a la caída de la tarde volví a la Villa. Me dijeron que la condesa estaba en el parque. Inicialmente la busqué con cierta cautela, pues pensé que acaso podía interrumpir las naturales consecuencias de una reconciliación; mas, al no encontrarla, me dirigí hacia el Casino y me di de bruces con el bajito explorador.

- ¿Por ventura su excelencia no llevará encima veinte metros de soga bien resistente? –me preguntó en tono serio.

–¿Es que quiere ahorcarse por todos los sinsabores que ha apadrinado? –repuse.

– Es un asunto para ahorcarse, puedo prometérselo. La condesa ha dado órdenes. La encontrará en el Casino. A despecho de esa voz tan dulce que tiene, sabe hacer que se acaten sus mandatos.

A la puerta del Casino había media docena de obreros con aire extrañamente solemne, cual parientes pobres en el funeral de alguien egregio. La condesa se hallaba en el interior, con una actitud que era toda una aclaración de la jerigonza del topógrafo. Tenía los ojos clavados en la Juno, que había sido bajada de su pedestal y estaba tendida cuan majestuosamente larga era sobre una tosca camilla.

–¿No comprendes? –me dijo–. Es hermosa, es ilustre, es preciosa, ¡pero ha de regresar! –Y, con apasionado gesto, pareció como si indicara una abierta tumba.

Yo estaba absolutamente encantado, pero creí oportuno rascarme la barbilla y fingirme ecuánime:

- Vale cincuenta mil scudi.

Tristemente ella hizo un gesto negativo:

- Aunque se la vendiésemos al papa y diésemos el dinero a los pobres, no nos depararía ninguna satisfacción. ¡Ha de regresar, ha de regresar! Hay que ahogar su belleza en la terrible tierra. Tengo casi la impresión de que es un ser viviente; pero anoche comprendí con fuerza arrolladora, cuando mi marido retornó y no quiso verme, que él nunca sería él mientras ella siguiera sobre la tierra. ¡Para cortar el nudo debemos enterrarla! ¡Ojalá se me hubiera ocurrido antes!

–¡Nunca es tarde si la dicha es buena! –dije, haciendo un gesto negativo a mi vez–. ¡Que el cielo recompense ahora nuestras penalidades!

El bajito topógrafo, cuando reapareció, no tenía mucha pinta de enviado de las potencias celestiales, pero se mostró diestro y activo, lo cual venía más al caso. De vez en cuando exhalaba un lamento semiarticulado, a título de protesta contra la crueldad de la condesa; pero lo vi examinar disimuladamente la yacente imagen con una mirada que parecía disfrutar imaginariamente de la maléfica alegría de aparecerse en calidad de gnomo por un punto imprevisto del césped y sonreír hasta que los espectadores lo miraran asombrados. Había traído soga en abundancia y, tras reunir a sus ayudantes, quienes vigorosamente alzaron la camilla, nos condujo a la excavación originaria, que con vistas a ulteriores búsquedas había quedado sin cubrir. Para cuando llegamos al borde de la fosa la tarde ya había caído del todo y la hermosura de nuestra marmórea víctima marchaba amortajada en un velo de oscuridad. Nadie habló... si no exactamente por dolor, al menos sí por remordimientos. Independientemente de cuál fuera nuestra excusa, nuestro acto resultaba, como mínimo, monstruosamente sacrílego. Las sogas fueron ajustadas y lentamente la Juno fue descendida a su lecho de tierra. La condesa cogió un puñado de arena y solemnemente lo dejó caer sobre su torso.

- ¡Que yazga en paz, pero eternamente! -dijo.

- ¡Amén! -exclamó el bajito topógrafo con una extraña inflexión burlona; y nos hizo, mientras se marchaba, una reverencia que transparentó su grata sensación de saber dónde quedaban enterrados cincuenta mil scudi. Sus secuaces recibieron otro barril de vino, cuyo resultado, para ellos, fue la suspensión de toda lucidez y la consiguiente e irreparable confusión de memoria acerca del punto donde habían aplicado las palas.

Todavía la condesa no había visto a su marido, quien al parecer había vuelto a retirarse en comunión con el gran dios Pan. Por supuesto yo no quería dejarla afrontar a solas las consecuencias de su decisiva hazaña. Ella se dirigió al salón y fingió enfrascarse en una labor de bordado, pero en realidad estaba preparándose valerosamente para una "explicación". Yo tomé un libro, que cautivó mi atención igual de débilmente. En el decurso de la velada oí un ruido en el umbral y vi al conde levantando el tapiz que a guisa de cortinaje enmascaraba la puerta y mirando silencioso a su esposa. Su mirada era refulgente, pero no colérica. No había encontrado a la Juno... ¡y se alegraba! La condesa mantuvo los ojos fijos en la labor, dando sus puntadas de seda cual una imagen de la felicidad conyugal. Dicha imagen pareció fascinarlo: entró lentamente, casi de puntillas, fue hasta la chimenea, y allí se quedó inmóvil en una especie de arrobada contemplación. Lo que había pasado, lo que estaba pasando en su mente, lo dejo a la propia apreciación de ustedes. La mano de mi ahijada temblaba al subir y bajar con la aguja, y un rubor inundó sus mejillas. Por último alzó los ojos y sostuvo aquella mirada en que parecía cifrarse toda la renaciente confianza de él. El titubeó un momento, como si fuese el mismísimo perdón femenino lo que ahora mantuviese abierto el abismo entre ellos, pero luego se precipitó hacia adelante, se hincó de rodillas y hundió la cabeza en el regazo de mi ahijada. Yo me retiré igual que el conde se había presentado: de puntillas.

Nunca llegó a ser, si ustedes quieren, un hombre plenamente moderno; pero un día, años más tarde, cuando un visitante al cual estaba mostrando su escritorio expresó curiosidad por una mano de mármol colocada en una de las gavetas, él se puso serio y lo cerró con llave.

- Es la mano de una hermosa criatura -dijo- por la cual sentí gran admiración en otros tiempos.

-Oh, ¿una romana? -dijo el caballero, chistoso.

- Una griega -dijo el conde, ceñudo.

Librodot